

PLIEGO

Vida Nueva

— 104 —
11/06/2017

Aparecida, una gran oportunidad para América Latina

JOSÉ MARÍA ARNAIZ, SM



Quienes participamos en la V Conferencia General de Aparecida (VCG) tuvimos una clara conciencia de que allí se estaba gestando algo más que las orientaciones de la Iglesia de América Latina y El Caribe para las próximas décadas. Pasados los primeros días del encuentro, fue notorio que lo más importante no era la novedad ni la inmediatez; allí había, sobre todo, profundidad y proyección. Ello, en buena parte, porque, durante aquellas jornadas de mayo de 2007, la Iglesia latinoamericana estuvo en vela y queriendo engendrar un nuevo amanecer. Se advertía fácilmente que algo se gestaba en su seno y, una vez más, lo daría a luz María, la de Aparecida.

I

UNA ESTUPENDA OPORTUNIDAD

En esta reflexión inicial quiero poner nombre a la vida que brotó y al compromiso que nació en Aparecida. Fue una estupenda oportunidad. Oportunidad en la que el pueblo de Dios de América Latina (AL) arriesgó mucho. De una u otra manera, se dejó claro que el coraje de la renovación es la mejor garantía de futuro. Se dio un paso significativo para configurar un cristianismo de rostro genuinamente latinoamericano. Lo que pasó fue más de lo que normalmente se podría esperar. Se multiplicaron las buenas sorpresas. Por encima de nosotros estaba el soplo del Espíritu.

La celebración de la eucaristía de Pentecostés fue el momento cumbre de los días de la Asamblea. La imagen del fuego que enciende otros fuegos y que deja con luz y calor es la que mejor corresponde para transmitir lo que vivimos. Como recordó el cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga, en el corazón de este acontecimiento estuvo la fiesta de Pentecostés.

A nós descei, Divina Luz!

A nós descei, Divina Luz!

Em nossas almas acendei

O amor, o amor de Jesus! (...)

Dobrai a dureza, aquecei o frio

Livrai do desvio, livrai do desvio!

Tampoco hay duda de que, con el movimiento de Aparecida, se fue dando forma a una alternativa para la Iglesia del continente. El Espíritu Santo removió a esta institución y a sus personas. “Estábamos de nuevo en Pentecostés”. Algunos nos volvimos a ilusionar. Lo vivido nos permitió encontrar “rosas” que *primaverarían* los campos del continente. Más de uno se leyó la carta de Pablo a los Gálatas para entender la inspiración de lo vivido en la VCG. El apóstol tuvo que luchar para que la fe cristiana no se diluyera en el judaísmo. Pablo creía que otra Iglesia era posible; estaba convencido de que el que busca la solución en la ley muere. A este recomenzar desde Cristo nos invita la VCG desde la introducción del *Documento de Aparecida* (DA) y, al mismo tiempo, bien enganchados en la cultura actual (DA 44). No resiste a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados, a templos y cultos ritualizados que no tocan la vida de los bautizados (DA 11-13).

Ya en 1969, durante la eucaristía de clausura del Simposio de los Obispos de África en Uganda,

Pablo VI había dicho a los cristianos africanos: “Sed misioneros de vosotros mismos”. Eso se recordaron a sí mismos los obispos de América Latina. Tomaron conciencia de que tenían que ser *discípulos de discípulos* para poder llegar a ser *misioneros de misioneros*; un buen número de ellos se pusieron de pie, se animaron a vivir y a proponer. Dieron un paso importante. Así resurgió la esperanza de un catolicismo latinoamericano.

No hay ninguna duda que las Iglesias son diversas en AL. Se da en el continente una gran pluralidad de teologías, pastorales y espiritualidades; por lo demás, como en los otros continentes. En AL se ha ido creando una tradición común, fruto, en buena parte, de las cinco conferencias generales celebradas y de los organismos continentales, que han ido amalgamando la vida cristiana del continente a través de organismos como el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) y la Confederación Caribeña y Latinoamericana de Religiosos y Religiosos (CLAR). Esa tradición fue confirmada y relanzada en la VCG. Aparecida ha podido beber de su propio pozo y dar de beber abundantemente.

No hubo grandes personajes entre los participantes en la Asamblea, pero sí unas presencias que daban confianza y seguridad; un grupo que vivía y sabía hablar de lo que vivía, que no se calló y que llegó con una experiencia fuerte de trabajo por la fe y la justicia y, desde ella, consiguió decir una palabra certera. Su voz fue serena y pastoral. No faltaron las palabras proféticas.

En estos eventos eclesiales suele haber vencedores y vencidos. Bien podemos decir que, en todo el proceso y en la celebración de la Conferencia, venció el CELAM; y lo supo hacer sin derrotar a nadie: acertó a desempeñar el rol que le correspondía. La autonomía del episcopado de AL se impuso. Los presidentes de las conferencias episcopales tuvieron un papel importante y destacado.

En estos encuentros suele haber “grupos de poder”, que tratan de imponerse y anular; hay trigo limpio, pero no falta la cizaña. Lo que está claro es que, en Aparecida, la vida terminó imponiéndose.



Es lo propio de América Latina. Así lo afirmaba en una entrevista el P. **Adolfo Nicolás**, siendo preposición general de la Compañía de Jesús, a modo de estupendo *resumen cultural*: Asia es el camino; Europa y Estados Unidos, la verdad; Latinoamérica y África, la vida.

No todos los presentes, sobre todo al comienzo, pensaron que era necesaria la celebración de esta Asamblea para mejorar la pastoral del continente. Sin embargo, sí se convencieron, poco a poco, de que era casi indispensable. La pastoral ordinaria pide de vez en cuando una *movida*, una interpelación y un proponer de nuevo. Pide una "apuesta por la vida". Y sin duda que se oyeron voces creativas, anunciadoras del paso liberador de Dios por el continente de la esperanza.

II

¿CÓMO SE HA TRANSMITIDO APARECIDA?

Se ha recordado ya que esta convocatoria fue mezcla de fiesta, trabajo, encuentro, oración y búsqueda. Se ha repetido que fue un acontecimiento que se vivió en torno a la Basílica de Nossa Senhora de Aparecida. Más de una vez tuvimos la impresión de que la que presidía la Asamblea y toda la vida que se desarrollaba esos días en ese lugar era una pequeña mujer negra; a ella se escuchaba y a ella cantábamos:

*Senhora negra, sempre Senhora
Sem ouro e prata de pé no chão
Senhora negra esfacelada
Sempre Senhora no coração*

Esta VCG tuvo lugar en Brasil, y su Iglesia realizó una rica aportación teológica. Fue buena y sana la teología de fondo. Durante muchos años, la Iglesia brasileña logró avanzar en la implementación del proyecto de Medellín (1968) y Puebla (1979). Tuvieron pastores emblemáticos que acompañaron estos procesos. Ahí estaban los frutos. Y esto se respiraba en Aparecida.

Las distintas intervenciones dejaron en claro, desde un comienzo, la existencia de una fuerza especial en el seno de la Iglesia que no se podía

parar. Se buscaba el espacio y las condiciones para esa "otra Iglesia posible". A su vez, esa Iglesia debería cobijar y potenciar los esfuerzos de otra realidad social posible. Se buscó una Iglesia más profética, que apoyara a los pueblos emergentes y a un Pueblo de Dios coherente, plural, compasivo, inspirador y que contagiara fe. La nostalgia de la utopía le iba a hacer mucho bien.

El contexto de Aparecida

¿De dónde nacen las preocupaciones que los obispos traían a Aparecida?

¿Cuál fue el contexto de la VCG?

Por supuesto, la vida real de las comunidades cristianas del continente. Al echar una mirada a esa realidad, se advertía –como dijo el papa **Benedicto XVI**– que la situación de la Iglesia latinoamericana era y es "paradójica". Por una parte, está más viva de lo que parece; está presente y activa en la realidad de la sociedad latinoamericana y caribeña. Por otra, se da "un real debilitamiento" de la fe cristiana. Se tiene la impresión de que estamos en un continente cristiano, pero no evangelizado. La VCG hace una lectura muy atinada de ese contexto en el *Documento de Aparecida*. Es una lectura de pastores. La realizan para contextualizar y justificar su programa pastoral alternativo y para ser fieles a la misión. Ahí se nos presenta, de una manera realista, el contexto que ayudará a definir el proceder del Pueblo de Dios.

Frente a esta realidad, *no se quiso ser reactivos, sino proactivos*. Es lo que pide el contexto actual del continente. Hay un modelo de Iglesia que mira

hacia dentro y hacia atrás y, por supuesto, autorreferencial; se empeña en dar batalla, a la defensiva; se contenta con los parches; en el fondo, nos evoca los odres viejos. Se precisan otra lógica y otra estrategia. Hay que pelear para conseguir *un presente que tenga futuro* y que lo impulse a partir de los signos de vitalidad que se presentan en el propio continente. La pastoral de mantenimiento no lleva lejos; hay que pasar a la pastoral de crecimiento, del salir, del ir lejos, de la propuesta. No podemos contentarnos con esperar a los que vienen. Dios tomó la iniciativa de nuestra salvación y nos amó primero. Esa pastoral es la que quiere encarnar el proyecto de una misión continental.

Lo que predominó durante la VCG fue el diálogo. Así lo relata uno de los participantes más activos: "Antes del inicio, algunos comentaristas decían que nada esperaban de esta reunión, pues, en su opinión, la mayoría de los obispos participantes, elegidos por el papa **Juan Pablo II**, somos conservadores; por tanto, que su resultado sería muy limitado... Ante todo, quiero resaltar el ambiente fraterno y sereno que vivimos. Hubo discusiones serias y sobre algunos puntos, opiniones contrarias; pero se expresaron con respeto, sin enfrentamientos agresivos, como sucede en otros foros. Se escucharon todas las voces... No hemos sufrido las presiones internas y externas que vivimos durante la IV Conferencia General de Santo Domingo (1992)... Hemos trabajado, pues, con profundidad y en paz"



APARECIDA, UNA GRAN OPORTUNIDAD PARA AMÉRICA LATINA

» (Mons. Felipe Arizmendi, obispo de San Cristóbal de Las Casas).

Ni el neopopulismo ni el neoliberalismo son soluciones para América Latina. En el contexto sociopolítico, para solucionar el tema de la distribución de la riqueza, pareciera que la fe no contribuye mayormente, ya que el continente más católico del mundo es también el de mayores desigualdades sociales y económicas. Lo cual justifica para algunos el que la Iglesia ofreciera la alternativa de lo que sería para los creyentes un proyecto social, político, económico y cultural.

III

¿QUÉ ESTABA EN JUEGO EN APARECIDA? APLICACIÓN A LA VIDA Y LA PASTORAL

El 31 de mayo de 2007 terminaba la Asamblea. En realidad, lo más importante era la vida que debía generarse a partir de ese momento. Para hacerlo bien, se tenía que lograr que hablara el texto y quienes lo habían hecho y aprobado. La buena transmisión de la VCG sería exigente. Había que acertar a contagiar entusiasmo por Aparecida. Se precisaba despertar audacia, lucidez y fidelidad creativa. Para ello, se comenzó a presentarlo como punto de partida de una etapa nueva. Daba

para eso. Para tomarlo en serio, se fue situando en las nuevas circunstancias e invitando a escribir los capítulos que faltaban para hacerlo vida, a subrayar lo que era muy valioso. Se trataba de iniciar un proceso en el que –con el documento en la mano– se fijaran las etapas, el punto de partida y de llegada, el espíritu de esta andadura y, por supuesto, los compañeros de camino. Se trataba de acertar a engancharla con la pastoral ordinaria, de hacer patente lo que estaba y está latente; de privilegiar lo más importante, que, en general, coincide con lo más urgente. En la Iglesia Latinoamericana hay temas no negociables. Y esos se debían destacar y se destacaron. Son el fruto o la promesa de una Iglesia muy viva.

Y esos temas, en su mayor parte, estaban presentes en el DA y bajo los tres epígrafes que vamos a señalar. Se destacaron los elementos centrales de la Iglesia latinoamericana: opción por los pobres, lectura orante de la palabra, Reino, profetismo, religiosidad popular, CEB, el método, los nuevos sujetos sociales (indígenas y afroamericanos, género (mujer y varón en la nueva situación), migrantes, los itinerarios formativos, las identidades culturales, la integración latinoamericana, la ecología, el desarrollo sostenible, el testimonio, el martirio, el vigor misionero, el diálogo interreligioso y ecuménico, la pastoral de la

comunicación social y cultura mediática, la condena de lo neoliberal, recuperar todo el peso que tienen la comunión y la participación y la Trinidad, dar mucho peso al tema de la vida y ponerlo en relación con la práctica de Jesús, más autonomía de la Iglesia para la inculturación, no favorecer lo espectacular y sí lo que inicia y consolida procesos, el diálogo con la cultura y los hombres de hoy, el lenguaje narrativo, positivo y no sospechoso, los nuevos ministerios laicos, y la importancia de dar mucho espacio al discipulado de Jesús, pues él se dedicó a hacer discípulos misioneros.

Bien podemos decir que estaban en juego la vivencia y celebración de una auténtica experiencia pascual y de un revivir el momento *kerigmático* de la Iglesia primitiva: volver al anuncio de Cristo muerto y resucitado que lleva a la conversión. Se trataba de convertir el grito en canto; los signos de muerte, en signos de vida. Si la fe no transforma nuestra vida, está muerta. La fe viva se encarna en valores y lleva a la conversión. A eso se tienen que dedicar los discípulos misioneros. A menudo, la primera evangelización no ha tenido lugar (*Catechesi Tradendae*, 19). En el fondo estaba en juego volver a Jesucristo, al centro. Se precisaba y se precisa más Evangelio y menos doctrina, más Jesucristo y menos ley, menos Iglesia y más Reino. Para Benedicto XVI, estaba en juego la armonización entre el desarrollo humano, solidario y sostenible, y la fe cristiana

Para los brasileños, lo que estaba en juego era el *novo jeito* de ser Iglesia, el responder a unos cambios de época. Estaba en juego la opción por los pobres, que es una “opción teológica” (Benedicto XVI), la opción de Jesús—que tiene que ser la de todo discípulo y misionero suyo—, la superación de las tensiones. Estaba en juego también la espiritualidad, la que debe acompañar a los hombres y mujeres de este continente y la relación entre la oferta religiosa y la demanda; la Iglesia universal y la Iglesia local. Estaba en juego descubrir la tensión entre la Iglesia real y la que queremos, y la teología que subyacería a la propuesta pastoral, de espiritualidad, cultural de la VCG y el futuro de la fe católica en el continente. Estaba en juego tomar conciencia de la



realidad de nuestro mundo, de la vida amenazada; y el *tertium datur*: el ir más allá de lo uno y lo otro, el colocarse en una perspectiva nueva, en una alternativa. Solo hombres y mujeres que se saben situar por encima de las diferencias, y ven lo distinto, no como lo que diferencia y sí como lo que complementa, podrán dar este importante paso en sus vidas y hablar de algo nuevo.

La VCG redujo a tres grandes dimensiones lo que estaba en juego:

1. Relanzar la misión

Ello pide un renacer del celo evangelizador en todos los integrantes de la Iglesia. Esta Iglesia existe para evangelizar. En Aparecida se evocaron las palabras proféticas de Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: “La Iglesia existe para evangelizar; su misión y su dicha es el anuncio de Jesucristo...”. En el centro de este proyecto está el convocar a todos a vivir en la presencia, el encuentro y la acción misteriosa de Jesucristo. Para ello, hay que despertar vocaciones misioneras. La misión no es proselitismo, sino atracción al comunicar el gozo de lo encontrado en Jesús.

Estas personas saben que su campo de misión es nuevo y se tiene que llevar a cabo en medio de una sociedad sumida en cambios muy significativos. Bien podemos decir que un nuevo ministerio se está gestando. En el seno de la Iglesia hay brotes de una *nueva acción misionera*. “¡Que nadie se quede de brazos cruzados! Ser misionero es ser anunciador de Jesucristo con creatividad y audacia en todos los lugares donde el Evangelio no ha sido suficientemente anunciado o acogido, en especial, en los ambientes difíciles y olvidados y más allá de nuestras fronteras” (*Mensaje final*). Esta conversión pastoral nace de un despertar misionero y de una “firme decisión misionera” (DA 365-367).

2. Reafirmar y expresar de nuevo la identidad del cristiano

Lo conseguirá, sobre todo, con la experiencia *kerigmática* original cristiana. Todo parte del encuentro personal con Jesús



que transforma. Así se define la condición del creyente. En el DA hay una constante invitación a “lanzar las redes en aguas más profundas” (Benedicto XVI). Pero no son pocos los que tienen la impresión de estar viviendo una primavera interrumpida. Nos toca hacer una segunda recepción del Vaticano II, que nos traiga la claridad que se necesita para ser audaces. Para ello, el cristiano se tiene que identificar con la alegría pascual, la misericordia, la audacia y la lucidez. Estas cuatro notas son las propias de los días de Pascua. “La gratitud y la alegría de ser cristianos” (DA 14 y 17), la alegría de “ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio” (DA 28), y el deseo y voluntad de ser misioneros “por un desborde de gratitud y de alegría”. La nota original y el dinamismo vienen de la experiencia pascual que lo llena todo. Desde ella se marcan bien estos

trinomios: seguimiento, misión, Jesucristo; mundo, Iglesia, Reino; persona, sociedad, comunidad; liberación, comunión, transformación. Asumimos el gran desafío de formular y vivir esta nueva identidad que parte del corazón de nuestra fe, una fe renovada en Cristo muerto y resucitado.

3. Renovar y reformar la institución eclesial para que dé consistencia a la tarea evangelizadora

Las claves

El texto se resume bien en el *Mensaje final* de Aparecida.

“Creemos y esperamos:

- Ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la Palabra de Dios y en la Eucaristía.
- Vivir nuestro ser cristiano con alegría y convicción como discípulos-misioneros de Jesucristo.
- Formar comunidades vivas que alimenten la fe e impulsen la acción misionera.
- Valorar las diversas organizaciones eclesiales en espíritu de comunión.
- Promover un laicado maduro, corresponsable con la misión de anunciar y hacer visible el Reino de Dios.
- Impulsar la participación activa de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.
- Mantener con renovado esfuerzo nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres.
- Acompañar a los jóvenes en su formación y búsqueda de identidad, vocación y misión, renovando nuestra opción por ellos.
- Trabajar con todas las personas de buena voluntad en la construcción del Reino.
- Fortalecer con audacia la pastoral de la familia y de la vida.
- Valorar y respetar nuestros pueblos indígenas y afrodescendientes.
- Avanzar en el diálogo ecuménico ‘para que todos sean uno’, como también en el diálogo interreligioso.
- Hacer de este continente un modelo de reconciliación, de justicia y de paz.
- Cuidar la creación, casa de todos en fidelidad al proyecto de Dios.
- Colaborar en la integración de los pueblos de América Latina y el Caribe”.

>>



» El mundo ha cambiado, también la realidad cultural; la Iglesia institución, poco. Se vive un eclesiocentrismo en el que se advierte la falta de la influencia de la mística de Jesús y de sintonía con la realidad sociocultural. Otras instituciones tienen un mensaje más atractivo y un lenguaje más claro y cercano, una estructura más *aggiornata* y una acción más fecunda que la Iglesia católica. En cada época de la Iglesia, esta ha tenido un proyecto que le ha permitido superar su agotamiento y ha evitado que su meta fuera un mero continuar y mantener lo que se viene haciendo. Las estructuras ya no responden más a las exigencias de los hombres y mujeres de hoy en día, que tienen sed de un Dios más cercano, más transparente y más visible. Para lograrlo, se requiere la sencillez, humildad y estatura espiritual de los santos.

Concluía la VCG con la impresión de que las otras dos tareas a que nos hemos referido no se iban a lograr si no se daba esta última. Activar, potenciar y enriquecer las instancias de diálogo, participación y acción supone importantes cambios en las estructuras eclesiales de hoy. Por en medio está el tema del poder,

aspecto delicado y difícil. Para conseguir la vitalidad que el DA propone, se debe iniciar o retomar con energía el proceso de la reforma eclesial. El vino nuevo apunta a renovar, a revitalizar la novedad del Evangelio. Los odres que contienen ese vino son las estructuras. No hay duda de que la invitación fuerte a la conversión pastoral pasa por las personas y llega a las instituciones.

IV

‘QUO VADIS’, APARECIDA?

¿Adónde nos ha llevado Aparecida después de diez años? No hay duda de que ha apostado por lo que estaba en juego en el continente y ha sabido poner una cierta urgencia en su tarea. Ha conseguido que bastantes cristianos y comunidades *dejen de “tener” misiones y “sean” misioneros*. Ha llevado a una clara conversión al Reino. Se están superando las estructuras de exclusión para asumir las de inclusión y las del compartir. Ha habido audacia suficiente para permanecer en el corazón del continente (las grandes ciudades, las favelas, las comunidades de base,

los lugares de decisión, las familias divididas, los grupos jóvenes...), y para convocar y enviar, contagiar y testimoniar evitando la tentación de la huida. La Iglesia en Aparecida ha atisbado una oportunidad, ha recibido una auténtica llamada del Señor a emprender una tarea que, sin ser nueva, en estos momentos se hace urgente. Esta tarea es muy sencilla: volver a encontrarse con el Señor como fundamento clave de una vida feliz. Sin este encuentro *kerigmático*, el debilitamiento del catolicismo seguirá su curso hasta perder su fuerza y vigor. Los católicos no podemos cruzarnos de brazos. La historia se gana día a día. Si no se entra en el dinamismo del Reino de Dios, se involucona. Durante estos años, han cobrado fuerza varias palabras que son acciones, varias personas, varios eventos. Hoy el continente requiere algo inédito para superar la situación en que nos encontramos. Y para ello se necesitan muchos y buenos misioneros. Esto exige *conversión misionera y ardor misionero*. Es lo que nos permitirá estar cerca de los que están lejos, “salir a la calle” y transformar la ofrenda eucarística en acción de gracias. Así, se conseguirá dispersar a los de corazón orgulloso y exaltar a los humildes. Así, contagiaremos fe cargando la cruz que salva y transmite más vida. Aparecida ha logrado desentumecer nuestros países para emprender la andadura que nos espera y ha dado la orden de partir. Avancemos.

Han sido cinco los principales signos de este caminar post-Aparecida.

1. La llegada del cardenal Jorge Mario Bergoglio a obispo de Roma

Ya en Aparecida, él apuntó a algo grande. En la homilía de la eucaristía que le tocó presidir, situó la acción de los discípulos misioneros entre dos trascendencias: el misterio de Dios y las periferias humanas; recordó que la Iglesia no puede ser autorreferencial, sino misionera; no tiene que ser agnóstica, sino adoradora y orante. Para él, la Iglesia tiene que ser significativa e influyente. Para lograrlo, un latinoamericano fue elegido papa por primera vez en la historia. La

relación que se da entre el *Documento de Aparecida* y el magisterio del papa Francisco es grande. Aparecida ratificó un estilo particularmente significativo de ser Iglesia. A la tradición eclesial latinoamericana, el DA añadió la alegría de ser discípulos y misioneros, el señalamiento de los diferentes ámbitos de las personas que deben anunciar la buena noticia, y el itinerario formativo de los discípulos y misioneros. En el fondo, Aparecida confirmó que ser discípulo y misionero es recuperar el meollo del Evangelio y la dinámica fundamental de Jesús. Eso está intentando en este momento el obispo de Roma.

El mejor legado de Aparecida, el mejor de sus documentos y propuestas, sin proponérselo, fue preparar y lanzar al ruedo a un Papa distinto. Para muchos, ha sido como un acontecimiento pascual, una oportunidad de Gracia. Ocurrió el 13 de marzo de 2013, siete años después de la VCG. El cardenal Jorge Mario Bergoglio hizo en Aparecida su mejor noviciado para papa. Le tocó presidir la Comisión de redacción que produjo un documento que ayuda a entender bien a la Iglesia latinoamericana y universal. No hay duda de que los cardenales electores vieron en él una personalidad carismática, de talante evangélico, y también al representante de la trayectoria de una Iglesia hija fiel del Concilio Vaticano II. No hay duda de que, en Aparecida, Francisco se hizo valiente, se apasionó por la utopía de Jesús y la mística del Evangelio; y eso impresiona. Para no pocos fue como un libro abierto a la vida y a la más exquisita humanización. A su vez, para Francisco Aparecida constituyó la preparación inmediata del cardenal Bergoglio para llegar a ser papa. Los planteamientos, propuestas y modos de trabajar en Aparecida tuvieron una fuerte incidencia en el arzobispo de Buenos Aires.

2. Han emergido con mucha fuerza en la Iglesia latinoamericana nuevos temas, nuevos protagonistas y escenarios

La situación de personas vulnerables afectadas por la violencia cotidiana, la trata de personas y la migración forzada, la industria extractiva que destruye el medio ambiente, la

preocupación por la deforestación de la Amazonía, el impacto de la corrupción en la cultura ética y en la economía de los países más afectados, el manejo a veces perverso de las redes sociales, el crecimiento de la economía que no ha llevado a una mayor igualdad, la realidad de la exclusión y la inequidad de las instituciones políticas y sociales... Todo ello ha hecho que la familia se vuelva cada vez más frágil y la comunicación entre sus miembros se debilite. No faltan –en palabras de Francisco– el clericalismo y el *carrerismo* en la Iglesia. Pero, junto a estas perspectivas contrarias a la renovación después de Aparecida, se siguen “proponiendo algunas líneas que puedan alentar y orientar en toda la Iglesia una nueva etapa evangelizadora llena de fervor y de dinamismo” (EG 17). Se trata de textos programáticos de renovación eclesial.

3. La verdadera opción por los pobres

La Iglesia latinoamericana se ha dado a conocer por haber formulado una opción por los pobres que ha llegado a distinguir su propia autoconciencia y su proceder. Lo cual le ha venido muy bien a la tarea pastoral y sociopolítica de la Iglesia del continente. La visión eclesial de la realidad se completa con una realidad sociológica, y se apoyan mutuamente, lo que nos lleva a poner nombre a



los nuevos pobres, los excluidos, que –en lenguaje de Francisco– son los que sobran y se convierten en desechables: migrantes, enfermos, mujeres, drogadictos, presos...

En el *Plan Global* del CELAM nacido a la luz de Aparecida (2016-2020) se da una importancia especial a las comunidades originarias, que, a su vez, nos recuerdan la necesidad de vivir integrados con y en la naturaleza, ya que la tierra también tiene sus derechos. Son pobres también los privados de la paz por los conflictos y la violencia creciente. La Iglesia reconoce en los pobres el rostro de Cristo; y en ella hay que ver el giro social y franciscano que el Papa le quiere dar.

En esta misma línea hay que situar el esfuerzo del CELAM por impulsar la *geopolítica de la esperanza* y ofrecer una metodología para transformar la realidad. Desde el mismo organismo se han postulado e impulsado alternativas de comunión en la pluralidad, y de testimonio en una sociedad polarizada que clama y necesita esa *geopolítica de la esperanza*.

4. La formulación de la teología que queremos y necesitamos

No se está produciendo en el post-Aparecida una teología de escritorio, sino –siguiendo el criterio de Francisco– una que lleve a “pensar cómo hacer llegar la propuesta del Evangelio a la diversidad de contextos culturales y destinatarios” (EG 113). El tema de la inculturación es clave para esta tarea. La teología tiene que responder a los nuevos estilos de vida, maneras de pensar, sentir y percibir; y con nuevas formas de relacionarse. Son varios y no pocos los productores y autores de esta teología.

Vienen de tres grupos. De la teología de la religiosidad popular, de la de la liberación y de un nuevo grupo que ha llegado a la sencilla e importante conclusión de que no hay teología sin pastoral ni pastoral sin teología. Detrás de estas líneas de pensamiento están teólogos de la liberación, de Amerindia y los que impulsan la tercera línea, que, reunidos en febrero en Boston, se han comprometido a poner en marcha una comunidad de teología iberoamericana. Una teología que quiere unir Vaticano II –sin necesidad de citarlo–, magisterio del papa Francisco, Evangelio



APARECIDA, UNA GRAN OPORTUNIDAD PARA AMÉRICA LATINA

» como respuesta al caminar de esta época que vivimos, teología de la liberación y acción pastoral; y así alumbrar una nueva etapa del cristianismo. En ella la fe debe tocar la realidad. Por eso, esta teología tiene que hacerse cargo de los conflictos y transitar por las periferias. Tiene que ser capaz de ofrecer respuestas nuevas ante situaciones nuevas. La espesura de la realidad nos lleva a reinventar la pastoral y a ofrecer un nuevo modo de proceder. El Papa bien podría decir que *una Iglesia en salida está necesitada de una teología en salida*, es decir, en perfecta conexión con las comunidades y el pueblo al que sirve. Alguien ha afirmado que estamos urgidos a practicar una teología que ponga de manifiesto la magnanimidad pastoral, en lugar de la rigidez doctrinal.

5. Se hace urgente la reforma de la Iglesia

La que –de acuerdo con el pensamiento del gran teólogo Yves Congar– nace del amor: “La labor reformadora nace del amor a la Iglesia”. De este amor brota, al menos en mi caso, el querer que la reforma comience por terminar con la burocracia de la Curia romana. Y lo afirmo por razones evangélicas, evangelizadoras, proféticas y de auténtica catolicidad. Pero esta reforma tiene que llegar y afectar a las estructuras y traer cambios radicales a nivel de Iglesia (nacional, diocesana y parroquial). Al hablar así, estamos pensando y soñando en la Iglesia como una realidad abierta, una oportunidad de diálogo y de escucha, valiente, de sueño común, colegial y sinodal, donde se percibe fácilmente que el Espíritu habla y no falta la libertad.

Estas reformas están siendo insinuadas por el papa Francisco. Y lo hecho hasta ahora ha nacido de su delicadeza y su fortaleza, pero también de su deseo de que el Papa y la Curia no sean barrera en la comunicación con el Pueblo de Dios, sino puente.

Urgencia especial tiene el llegar a alcanzar una capacidad de decisión real de las mujeres en la Iglesia, descentralizar la administración de la misma, siguiendo el importante principio de la subsidiaridad, la desclericalización de la gestión eclesial; el tema de la gestión de la Iglesia, que incluye los nombramientos del Papa y los obispos, la existencia de los nuncios; el delicado asunto del sacerdocio y el celibato; la presencia y acción transformadora de la Iglesia en el mundo, presencia fraterna, delicada, impulsora. Nos toca pasar *de una Iglesia de cristiandad a una Iglesia misionera*. Ni Aparecida ni el papa Francisco han producido todavía un gran remezón eclesial. Pero se está en camino para lograrlo. Situar a la misericordia en el centro del proceder de la Iglesia es reformar la institución; y en ese intento estamos.

El cardenal Errázuriz, en la eucaristía conclusiva de la VCG, encontró en *María*, discípula y misionera, la clave para llegar a esa perspectiva de alternativa, que para nada es un medio camino entre el movimiento carismático y la teología de la liberación. Es algo distinto de lo uno y de lo otro; no es “o” “o”; y tampoco es “y” “y”. Es otra cosa. No es un término medio. Es algo diferente; algo con lo que nos dividiríamos menos en la Iglesia y lograríamos entrar en contacto con las personas creyentes y con los grupos con más grandeza de ánimo y con más espíritu

pascual. En esta VCG me convencí, una vez más, de que esta integración y este *tertium datur* primero se viven y después se cuentan. La palabra más repetida en el DA es *vida*. A pesar de sus muchas y serias limitaciones y debilidades, América Latina sigue siendo un continente y una Iglesia que se alimentan de esa vitalidad. Solo creyentes que se saben situar por encima de las diferencias y ven lo distinto como lo que complementa podrán dar este importante paso en sus vidas y hablar de algo nuevo y convergente; hablarán de esta nueva identidad a la que nos estamos refiriendo. Algunos creemos que el siglo XXI –y no solo para la vida de la Iglesia, sino para todas las dimensiones de nuestro existir– debería ser el siglo de América Latina. Para un gran pastor, está claro que en este momento el “Espíritu sopla desde el Sur” (*Nicolás Castellanos*). El perfil de Francisco, en todo lo que tiene de renovador, reformador, profeta, samaritano y experto en humanidad, tiene su origen en el Evangelio, pero leído y contemplado en el Sur. ●